

LA EXPOSICION DE SAN JOSE

Volvemos a escribir con el entusiasmo que nos trae un acontecimiento artístico. Con fe podemos repetir lo que en nuestro discurso en la inauguración de la Exposición de Artistas del Interior dijimos en San José: "...y otro medio es el de irradiar hacia focos nuevos, abiertos, cálidos, sinceros, el fuego de la creación artística. Es por este medio que esta flamante exposición de San José nos acerca un aporte mucho más valioso del que esperábamos."

No vamos a mencionar hoy nombres de artistas, dejando correr nuestra palabra crítica de una tela a otra tela. Vamos a estudiar tres maneras dentro de la cosecha de tres talleres del interior, donde una juventud nueva, apresada por el misterio artístico,

Es así que analizaremos la obra de los tres talleres a través de ese misterioso y resonante diálogo del maestro y del discípulo y que aflora después en ambas creaciones expuestas. Empecemos por el taller local, el de Dumas Oroño. Tiene en su contra este taller que es el de más temprana instalación. Se nota pues en él, una incertidumbre en la enseñanza, que se denuncia también en la propia obra del maestro. Es Dumas Oroño un auténtico y vivo temperamento de artista; y el extraordinario éxito de este Salón —todo él una verdadera aventura artística— lo muestra a las claras. Como maestro y como creador lo sentimos atrapado entre conceptos plásticos que si tienen un auténtico e indiscutido valimiento, sirven para paralizar y volver incierta y tímida su obra de pintor. Una muestra de sus cuadros, poco antes de esta exposición, nos ponía frente a un artista enredado en rigurosa preceptiva.

Está bien el conocimiento y la más honda cultura en el creador, siempre que éste no se ponga en primer plano en el divino instante de la creación. No creemos, ni hemos creído nunca, en fórmulas ordenadoras previas al acto de crear, sobre todo cuando la

canta su nueva alegría creadora. Son tres talleres, el de San José, el de Minas y el de Saito, los que mostrando obra diversa, muestran también distintos procesos de enseñanza.

Tres talleres y tres maestros jóvenes, dos nacionales. Dumas Oroño y Edgardo Ribeiro y uno austriaco, José Czifferi. Con respecto a la creación de los talleres, cuando éstos están regidos por un sistema de libertad, de entusiasmo y de alegría juvenil, queremos insistir en algo que hemos dicho otras veces, y que hoy ha conquistado clara demostración. Hemos sostenido que en el contacto vivo con la enseñanza, cuando ésta no es férrea y dogmática, el maestro se enriquece y se renueva. Aprende enseñando.

la creación es directa, frente a la naturaleza. En ese divino instante, en que el artista comulga con el paisaje, nada debe intervenir para no enturbiar la conquista. El pintor tendrá su inevitable bagaje de conocimientos, pero no es para lucirlos sino para emocionar, que el pincel y el color se han de enlazar, en la más misteriosa disciplina.

Es de esa turbación de lo que padece toda la obra de Dumas Oroño. Demasiado sabe de Cézanne, de Lhote y de Otton Friez y de cuanto tratado haya leído. Pero su emoción interior tiembla frente al alto concepto crítico; y la obra se vuelve titubeante entre lo propio que debe decir, y lo aprendido a que debe sujetarse.

No es así Dumas Oroño frente al niño. A éste lo lleva en toda libertad, sin cargarlo de preceptos, a pintar, como en un divino juego. Y por eso el éxito logrado por las obras infantiles, entre ellas "Casarío" de la niña Rodríguez Alles, auténtica discípula suya, pero libre de toda opresión escolar.

Pasemos a la obra de Edgardo Ribeiro, realizada en sus talleres en Minas. He aquí un artista que con el vivo acompañamiento de sus discípulos está transformando los

valles y las sierras minuanos en una Barbizón nuestra, pues de allí se anuncia una escuela del paisaje, noble, pura, cada vez más limpia, inundándose de un dulce encantamiento poético. Así lo vemos a Ribeiro seducido cada vez más por el llamado de la naturaleza, volviéndose candoroso, humilde, sencillo, para traducir sus emociones. Su cuadro premiado, ese paisaje crepuscular, es uno de los paisajes nativos más puros que hemos visto en los últimos tiempos. Paisaje donde el artista vence la traducción directa de la naturaleza para sumirnos, en eso que ya hemos dicho, en el dulce encantamiento poético.

En su técnica liberada va abandonando Ribeiro el truco de las líneas negras que sostienen y componen el cuadro. Una levedad aérea emparenta su tela dentro de un noble impresionismo, no aquel realizado en la premeditación pictórica, sino de aquel otro que lo dicta la más honda del paisaje.

Sus discípulos, con obras muy valiosas, aún abundan en ese procedimiento del contorno negro, que no condenamos mientras se le use con extrema discreción y gran sabiduría. Y los dibujos denuncian una cierta monotonía imitati-

(Pasa a Pág. 7)

La Exposición de San José

(Viene de Pág. 13)

va, demasiado fieles a las huellas del maestro.

Lleguemos al taller de Czifferi. Aquí se siente que la imposición académica está ausente. Este pintor que enviaba una obra sin carácter, pretenciosa y cansada a nuestros Salones Nacionales, ha encontrado, como dijimos antes, su revitalización en el fervoroso contacto con las tiernas vocaciones artísticas. Es otro Czifferi el que pinta; y es otro Czifferi el que enseña. Un aura de libertad y de alegría denuncia esa producción nueva; y así fué como el primer premio lo obtuvo un paisaje de un señor Aldo Avila que con gran sorpresa del jurado, resultó después ser un niño de 14 años; y el segundo premio, un paisaje de Milans Martínez, fuerte y expresivo, donde sólo se denuncia una leve influencia de Cuneo.

En sus enseñanzas del dibujo y de la pintura, este maestro extranjero que carga los conocimientos de las más acreditadas academias vienesas, no los pone en juego para no abrumar la tarea del discípulo. Los deja crear frente al fenómeno directo del paisaje o del modelo, en algunas sugerencias para evitar los fatales desvíos. Pero sobre todo enciende un clima de alto y seguro fervor artístico, clima del cual es él el primer beneficia-

do; y que lleva al discípulo a una creación directa y viva.

No nos es dado seguir el mismo proceso crítico en escultura, pues las obras premiadas no sabemos de qué talleres han surgido. Pero mencionemos, para el merecido estímulo, una tierna cabeza de niño de Yamandú Siciliano, que conquistó el primer premio; una cabeza de hombre, viva y expresiva, con el segundo premio, de W. A. Pisani, y un estudio escultórico fuerte y severo de Velazco Santander, con el tercer premio. Después notamos un ensayo de talla en piedra dura, de gran simplicidad y de un noble sentido moderno. Y en escultura, nada más.

Se verá ahora por qué dijimos que el hecho de San José marcaba una etapa trascendental de nuestra evolución artística. Gracias les sean dadas al Instituto Histórico y Cultural de San José, y sobre todo a su vivo animador, Dumas Oroño. Y que el gobierno atienda ese pedido que se acerca hoy del interior, para que lo que fué el feliz ensayo de San José se transforme en la viva y acendrada experiencia de innumerables talleres trabajando todo a lo largo del país para el ansiado enriquecimiento de nuestro arte nacional.

C. A. Herrera Mac Lean.